

SAN ISIDORO



SAN ISIDORO ¹

EXCMO. SR. :

SEÑORES:

No dudé largo tiempo antes de escoger materia para las breves frases que voy á dirigiros. Hablando en Sevilla, y ante una Academia que tiene por instituto el cultivo de la ciencia cristiana, ¿cómo elegir otro asunto antes que San Isidoro? Quiera Dios que el recuerdo de la piadosa sabiduría del Metropolitano hispalense esfuerce y dé calor á mis palabras, para que no caigan como en arena, sino que fructifiquen y labren en vuestros ánimos, é infundan en ellos generosos pensamientos de restauración intelectual y española; restauración nunca más

¹ Discurso leído en la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino, en Octubre de 1881.

necesaria que hoy, cuando una ola de ideas forasteras y descaminadas invade nuestra tierra y amenaza, á cada momento más, borrar hasta los últimos restos de saber castizo y de espíritu tradicional.

Señores: grandes son sin duda las glorias literarias y artísticas de Sevilla: sobre todas alcanzan popularidad no disputada su escuela pictórica y su escuela lírica, coloristas entrambas, amantes de la pompa y de la esplendidez, é iluminadas y vivificadas por la lumbre de este sol tan generoso como el del Ática.

Pero, si vuestra grandeza artística recuerda por momentos tradiciones y esplendores de la antigua Hélade y de la Italia del Renacimiento; si es cierto que supisteis poner hasta en la imitación un sello de independencia y de genial desenfado, visible sobre todo en el naturalismo cristiano de vuestros pintores; si entre vosotros tuvo cuna el que acertó á sorprender y fijar en el lienzo hasta los átomos impalpables de la brillante luz del Mediodía, y entre vosotros también aquel gran maestro de realismo sano y potente, el del toque vigoroso y la mano franca, hombre de espíritu tan vario como la misma naturaleza, que con rica y enérgica expresión habla en sus cuadros; si son timbre eterno de vues-

tra historia literaria la bíblica inspiración de Herrera, bajada en derechura de las cumbres de Sión, la inspiración arqueológica de Rodrigo Caro, el primero que supo traducir en forma lírica la voz honda y melancólica con que la grandeza romana habla desde sus ruínas; si en las silvas de Rioja y en los tercetos de la *Epistola Moral* (sea su autor quien fuere), reveló la naturaleza sus más escondidas armonías, ó vibraron de nuevo los graves consejos de la antigua severidad estóica, templados por lo dulce y apacible del sentimiento cristiano; si todas estas y otras innumerables palmas derramaron las Gracias sobre este suelo bendecido con sus dones y acariciado con sus halagos, no habéis de olvidar ni un punto (y yo sé que no lo olvidáis) que tenéis una gloria científica, si no mayor, igual por lo menos: una cadena de oro de pensadores y de filósofos, que arranca del gran Doctor hispalense, y se dilata, cristiana y española siempre, hasta el gran metafísico platónico del siglo xvi, Sebastián Fox Morcillo, que tanto adelantó la conciliación de los dos términos eternos é irreductibles del pensamiento humano, bajo una unidad superior; y hasta el modesto y olvidado Pérez y López, que, enfrente del enciclopedismo de la centuria pasada, desarrolló, con espíritu

armónico no menos profundo, y grande originalidad en los pormenores, el principio del orden esencial de la naturaleza, columbrado por el catalán Sabunde en el siglo xv.

Unidad: armonía: orden: tales son las tendencias del espíritu científico entre vosotros, desde las edades más remotas. ¿Qué mucho, si el primer educador de vuestro espíritu, el patriarca de la cultura hispalense, y aun de toda la cultura española, el gran Doctor de las Españas, cuyo nombre festejamos hoy, fué uno de esos espíritus vastos y sintéticos, que llevan de frente todos los conocimientos humanos, y cifran, compendian y resumen en sí todo el esplendor y la civilización de una época? San Isidoro es el siglo vii personificado, ¿qué digo?, es toda la primera Edad Media española, antes de la influencia de las ideas francesas, determinada y traída por la mudanza de rito y por los monjes galicanos. San Isidoro es, además, faro y luz esplendísima para todas las generaciones subsiguientes, ¿Quién agotará sus elogios? No se los escatimaron ciertamente los Padres de nuestra Iglesia, comprendiendo bien cuánto le debían. Concilio hubo que le celebró con los magníficos dictados de *Doctor egregio, novísimo esplendor de la Iglesia Católica, doctísimo y digno de veneración en todos los*

siglos. Ninguna ciencia humana ni divina se le ocultó (nos dice su discípulo San Braulio); todas las penetró, las recorrió todas, no hubo escritor sagrado ni profano que se escondiese á su diligencia.

No os repetiré los pormenores, por desgracia escasos, que tenemos de la biografía de nuestro Metropolitano, enlazada además estrechamente con la de los otros hijos de Severiano, y, sobre todo, con la de San Leandro, gloria también de esta cátedra metropolitana, principal agente de la conversión de los visigodos, y luminar mayor del Concilio Toledano III, que recogió de sus labios palabras no menos elocuentes é inflamadas que las de los Basilio y Crisóstomos. No os mostraré á San Isidoro, exaltado después de él á esta misma sede, presidiendo el Concilio IV Toledano que uniformó la liturgia, y el hispalense II que condenó la herejía de los Acéfalos, sostenida por un Obispo Sirio.

Mi propósito no es más que considerar á San Isidoro en sus obras, y como promotor de la general cultura, y aun esto muy por cima, sin entrar en pormenores, y deteniéndome sólo en los rasgos capitales de su fisonomía literaria.

El que entre todos más se señala es su carácter de conservador y restaurador de las reliquias de la antigua civilización greco-romana, ya

cristianizada, y tal como la habían transmitido los Padres de la Iglesia Latina. Error gravísimo es el de suponer que entre el mundo antiguo y el nuevo hubo una á modo de zanja, ó alguna solución de continuidad, como dicen ahora. Nada se pierde completamente en el mundo, y todos los siglos se sueldan y se continúan en su ciencia y en su espíritu por lazos más ó menos invisibles ó inextricables. Ni la barbarie fué nunca tan completa que dejara perder todos los restos de la antigua herencia, ni faltó, hasta en los siglos más oscuros, turbulentos y caliginosos de la Edad Media, quien conservara no extinta alguna lucecilla más ó menos débil, é infiltrara en el espíritu de las razas bárbaras algo de la Gramática de Prisciano y Donato, de la Dialéctica de Aristóteles, de la Historia natural de Plinio, y, con más cuidado y amor, algo y mucho de la divina ciencia de los Ambrosios, Agustines, Jerónimos y Gregorios.

El hombre de ciencia, en los primeros siglos de la Edad Media, antes del siglo XIII (en que la civilización cristiana llega á su plena madurez, adquiere plena conciencia de sí misma, y asombra al mundo con las ojivas de sus catedrales, con la *Suma* del Ángel de Aquino, con los tercetos dantescos, ó con la ciencia jurídica de Al-

fonso el Sabio), no podía ser, ni convenía que fuese, un espíritu original é inventivo, ansioso de nuevas ideas y explorador de nuevos campos, sino un compilador paciente, un enciclopedista laborioso, que, yendo detrás de las pisadas de los antiguos sabios gentiles y cristianos, como la espigadera Rut detrás de los segadores, congregase y reuniese y metodizase en forma de enciclopedia el fruto de la labor de todos; pero reducida á su mínima expresión, á la quinta esencia y al *substratum*, como lo pedían de consuno las necesidades de los tiempos, la escasez de libros, la falta de sosiego, perturbado á cada paso por bárbaras invasiones y violencias, y, sobre todo, la rudeza de los discípulos y oyentes, salidos muchos de ellos de razas semi-bárbaras ó bárbaras del todo, cristianizadas á medias, y no latinizadas más que en la corteza. Ese papel representaron Casiodoro y Boecio en la corte del rey ostrogodo Teodorico, y ese mismo representó con mucha más amplitud y generalidad nuestro San Isidoro en las cortes de Sisebuto y de Suintila.

San Isidoro, heredero del saber y de las tradiciones de la antigua y gloriosísima España romana, algo menoscabadas por injuria de los tiempos, pero no extinguidas del todo; herede-

ro de todos los recuerdos de aquella Iglesia Española, que produjo en Osio al gran catequista de Constantino y valladar insuperable contra los arrianos; en Prudencio al más grande de los poetas cristianos anteriores á Dante, y en Paulo Orosio á uno de los padres de la historia providencialista (juntamente con San Agustín y con Salviano); San Isidoro, digo, artífice incansable en la obra de fusión de godos y españoles, á la vez que atiende con exquisito cuidado á la general educación de unos y otros, así del clero como del pueblo, fundando escuelas episcopales y monásticas (como las mandó establecer el IV concilio de Toledo *in uno conclavi atrii*), y difundiendo la vida monástica, y dando regla especial y española á sus monjes (sin olvidar por eso la veneranda tradición del patriarca de Subiaco y de su orden, dechado y plantel fecundísimo de la vida monacal en Occidente), escribe compendios, breviarios y resúmenes de cuantas materias pueden ejercitar el entendimiento humano, desde las más sublimes hasta las más técnicas y manuales; desde el abstruso océano de la teología hasta los instrumentos de las artes mecánicas y suntuarias; desde el cedro del Libano hasta el hisopo que crece en la pared. La serie de sus obras, si metódicamente se leen, viene á

constituir una inmensa enciclopedia, en que está derramado y como transfundido cuanto se sabía y podía saberse en el siglo VII, cuanto había de saberse por tres ó cuatro siglos después, y además otras infinitas cosas, cuya memoria se perdió más adelante. *Sapientia aedificavit sibi domum.*

¿Qué importa que San Isidoro carezca de originalidad, y lo deba casi todo á su inmensa lectura? Ni él quiso inventar, ni podía hacerlo. Colocado entre una sociedad agonizante y moribunda, y otra todavía infantil y semi-salvaje, pobre de artes y de toda ciencia, y afeada además con toda suerte de escorias y herrumbres bárbaras; su grande empresa debía ser transmitir á la segunda de estas sociedades la herencia de la primera. Esto hizo, y por ello merece cuantos elogios caben en lengua humana, más que si hubiera excogitado peregrinos sistemas filosóficos, más que si hubiera asombrado con la audacia y el brío de sus inspiraciones. Recoger, conservar, exponer fué su propósito. De tales hombres bien puede decirse que se igualan en importancia histórica con los primeros civilizadores y legisladores de los pueblos; con aquellos Orfeos y Anfiones que fantaseó la imaginación helénica, y que con el prestigio de su voz y de su canto movían

las piedras, fundaban las ciudades, traían á los hombres errantes y feroces á cultura y vida social, domañaban la bestias de la selva y escribían en tablas las leyes sagradas é imperecederas.

Esta misión providencial de San Isidoro no se ocultó á sus mismos coetáneos. Todos vieron en él algo de predestinación singularísima. San Braulio dice que en él vivía y respiraba toda la ciencia de la antigüedad, y que los siglos más doctos de ella le hubieran reclamado por suyo, poniendo su nombre al lado del de Varrón, el más docto de los romanos. *Isidorus noster Varro, Isidorus noster Plinius.*

Si queréis saber cómo, sin originalidad en las ideas, se pueden hacer, no obstante, grandes y extraordinarios servicios á la ciencia, recorred las obras de San Isidoro, Doctor de las Españas. ¿Qué novedad tienen sus libros teológicos? La novedad del método, y con sólo ésto crea una ciencia nueva, y se coloca entre los fundadores de la Escolástica. Ved sus tres libros de las *Sentencias, sive de summo bono*. Cuanto allí dice, tomado está de los Padres antiguos, especialmente de San Agustín, San Ambrosio, San Jerónimo y de los *Morales* de San Gregorio el Magno. La doctrina está ciertamente en los antiguos Padres,

pero sin rigor expositivo y metódico, derramada en libros de controversia contra herejes, en tratados morales, en apologías. ¿Qué le queda á San Isidoro? El método de *sentencias*. Toma de otros las piedras, y él levanta la fábrica. Retazos de aquí y de allí le sirven para tejer un compendio ó suma de Teología, así dogmática como moral, que, comenzando por tratar de Dios y sus atributos, del origen del mundo y del hombre, de Cristo y el Espíritu Santo, de la Iglesia, de entrambos Testamentos, de la resurrección, de la gloria y del infierno, expone luego en los dos últimos libros las virtudes teológicas y morales. Este compendio faltaba en aquel siglo: San Isidoro tuvo la gloria de escribirle, y hacer en pequeño la Suma Teológica del siglo VII. Su ejemplo fructificó en seguida: imitóle San Julián de Toledo; imitóle, sobre todo, Tajón de Zaragoza, y siglos después de Tajón, Pedro Lombardo, llamado por ello el *Maestro de las Sentencias*, título que mejor cuadraría á nuestro Tajón, y mejor que á Tajón, á San Isidoro. Suya fué la forma de sentencias, dado que antes sólo á San Martín Dumiense, Metropolitano de Braga, se había ocurrido algo semejante, cuando reunió en breve colección ciertos apotegmas morales de los Padres del yermo. Pero el haber sistematiza-

do en un libro la ciencia teológica, aunque imperfecta y brevemente, es gloria de San Isidoro. Él fué, en algún modo, el Santo Tomás de su época.

También la ciencia escrituraria debe no poco á San Isidoro por un trabajo semejante de reducción y compendio, y aunque hayan perecido la mayor parte de sus glosas literales, bastan sus proemios, sus cuestiones é interpretaciones alegóricas, para conocer que San Isidoro funda en las ciencias bíblicas otro método análogo al de las *Sentencias*, el método de la *Catena Patrum*; á la vez que en los dos libros dirigidos á su hermana Florentina inaugura la controversia anti-judaica, prestando armas y ejemplo al Toledano autor del tratado *de comprobatione sextae aetatis*, y á toda la gloriosa legión de controversistas que desde San Julián hasta Raimundo Marti, y desde Raimundo Marti hasta el Burgense y Fr. Alonso de Espina, mantienen viva la llama de la erudición semítica entre los cristianos españoles.

Pero todos los trabajos de San Isidoro se oscurecen y semejan nada, cuando se piensa en la labor gigantesca, en el ciclópeo monumento de sus *Origenes* ó *Etimologías*, verdadera enciclopedia de la edad visigótica, compilación extraordinaria, que mal entendida en otros tiempos y

apreciada sólo por su utilidad filológica, comienza hoy á ser puesta en su verdadera luz, como documento histórico y como tesoro de peregrinas enseñanzas, merced al cual poseemos y disfrutamos innumerables fragmentos de clásicos antiguos, cuyas obras se perdieron, noticias de costumbres, fiestas y espectáculos populares, extractos metódicos de gramáticos, retóricos y naturalistas.... en suma, no un libro, sino una verdadera biblioteca. *Quaerebam librum, et inveni bibliothecam*. Guardémonos, con todo eso, de ponderar demasiado el provecho de las *Etimologías*, como fuente histórica para la época visigoda. Algo y aun mucho de útil bajo ese respecto puede encontrarse incidentalmente en ellas, pero no era ese el propósito de San Isidoro, ni la sociedad que describe es la de su tiempo, sino la de los tiempos imperiales, ni las palabras que quiere explicar son las del latín rústico, sino las del latín clásico, ni muchas veces es él quien habla, sino Varrón ó Festo ó Aulo Gelio ó Suetonio, por boca de él, aunque no deje de apuntar de vez en cuando, por fortuna nuestra, que tal ó cuál creencia ó práctica supersticiosa, tal ó cuál labor rústica, tal ó cuál palabra extraña, tal ó cuál ceremonia ó cantarillo de que los antiguos dan razón, se conocían y conservaban también

en España. Son de oro estas indicaciones rapidísimas; pero al explotar las *Etimologías*, explótense con cuidado, y no caigamos en la tentación de aplicar á la corte toledana de Gundemaro lo que los autores extractados por San Isidoro contaron de la pompa y opulencia de la Roma de los Césares.

Pero si de esta consideración pasamos á otras más íntimas y esenciales, ¿cómo negar que en la parte etimológica propiamente dicha, así los libros de los *Orígenes*, como los *de differentiis rerum et verborum* y los varios glosarios que llevan el nombre de San Isidoro, dispuestos por orden alfabético (y que si es dudoso que le pertenezcan, se formaron á lo menos con despojos de su doctrina), precedieron y sirvieron de norma á todos los glosarios de la Edad Media, á Papias, á Hugón, á Juan de Janua, al autor del *comprehensorium*; y que hoy es el día en que, después de tantos y tan sabios trabajos como han renovado la historia de la baja latinidad, desde el estudiando *Lexicon* de Ducange y sus continuadores benedictinos hasta la generosa y fecundísima escuela de Federico Díez y sus discípulos, todavía pueden ser consultados con provecho, y servir de apoyo firmísimo en más de un caso á todo investigador que ponga el pie en el terreno de los

orígenes de las lenguas romances, antes tan movedizo, y ahora, gracias á la filología comparada, tan firme y seguro como el de las ciencias naturales?

Y al lado de tanto como la filología neo-latina debe al Metropolitano hispalense, ¿no sería pueril y pedantesco encarnizarnos con sus faltas de crítica, inevitables cuando no se conocían más lenguas que las dos clásicas, y se ignoraban sus mutuos nexos y relaciones, y las leyes de la derivación y las de la estructura fonética; tiempos en que á la palabra *diabolus* se le daba, verbi gracia, la etimología de *duobus bolis* y á Séneca la de *se necans*, á *Hispalis* la de *his-palis*, á *littera* la de *legit iter* y á *apes* la de *sine pedibus*? Algunas etimologías de esta laya hay entre las muchas de San Isidoro, pero la ridiculez no ha de caer sobre él, mero compilador en esta parte, sino sobre esos famosos gramáticos y eruditos antiguos que él compendiaba: Varrón, Verrio Flacco, Servio, Nonio, Festo, los nombres más famosos de la filología antigua.

Pero las *Etimologías* son mucho más que esto, y no en vano exclamó San Braulio apostrofando, lleno de entusiasmo, á su maestro: «Tú diste luz á los anales de la patria, tú á la cronología, tú á los oficios eclesiásticos y á las costumbres pú-

blicas y domésticas, tú á la situación de las regiones y ciudades; tú, finalmente, á todas las cosas divinas y humanas.»

Y, en efecto, las *Etimologías* son milagro de erudición para aquella edad, y ni Casiodoro, ni el venerable Beda, ni Alcuino, ni Rabano Mauro las igualan. Porque allí disertó el Obispo sevillano de la disciplina y del arte, de las siete enseñanzas liberales, de la gramática y de la métrica, de la fábula y de la historia, de la retórica y de la dialéctica, de las ciencias matemáticas y de la música, de la medicina y de las leyes, de las bibliotecas y su régimen, de la disciplina eclesiástica, de la teología, de la Escritura y de las reglas monacales, de las sectas heréticas y de las supersticiones gentílicas, de las lenguas y de los alfabetos, del mundo y de sus partes, de los átomos y elementos, de los fenómenos meteorológicos, de las piedras y de los metales, del arte militar y de las máquinas de guerra, y, finalmente, de la arquitectura, de la construcción naval, de las artes suntuarias, de los instrumentos domésticos y rústicos, y hasta de los vestidos y manjares: en suma, desde el cedro hasta el hisopo. Todo ello, no á la verdad con el mejor orden (defecto no remediado tampoco en la *re-censión* de San Braulio), pero sí con increíble co-

pia de doctrina y extraordinaria sobriedad de exposición, por donde vienen á ser los *Orígenes* verdadero mapa del mundo intelectual en la reducida escala que el mapa exige, y con las sumarias indicaciones que las cartas geográficas toleran. Así y todo, ¿qué sería de la erudición moderna, si tal libro hubiera perecido? Con ser lo más pobre de todo él la parte de Filosofía, todavía estimó el protestante Brucker por tan benemérito de su historia á San Isidoro, como á Diógenes Laercio, Stobeo y Suidas, que tantos fragmentos nos conservaron de la filosofía griega. Y eso que San Isidoro, en lo relativo á Aristóteles, no llevaba sus conocimientos más allá de los primeros tratados del *Organon*, tales como Boecio los había interpretado. En cambio, de filosofía natural y ciencias físicas alcanzó cuanto supieron los latinos, de lo cual es brillante muestra el *De natura rerum ad Sisebutum regem*, donde explotó mucho, lo mismo que para las *Etimologías*, el libro enciclopédico de los *Prata* de Suetonio, que nosotros lloramos perdido.

En historia sigue San Isidoro las huellas de Idacio, y sobre todo del Biclarense, y cultiva la árida forma del *Cronicón*, única historia que consentían aquellos tiempos de abreviaciones y de epítomes; y la cultiva con igual sequedad que

sus modelos, pero con la misma incorrupta veracidad y austero espíritu moral que ellos, pobre de galas, pero tan rica de viril independencia, que hoy mismo nos pasma en boca de un Santo de la Iglesia Católica el relato de las turbulencias de San Hermenegildo. Otras veces continúa los antiguos catálogos de escritores eclesiásticos, que formaron San Jerónimo y Gennadio, y los enriquece con breves pero inestimables semblanzas de Santos y Doctores de la Iglesia española.

Fué además San Isidoro poeta, ó, á lo menos, versificador, y dejó muestras de su entrañable amor á los libros en los dísticos que sirvieron de rótulos á su biblioteca. Fué poeta en prosa, la única vez que quiso serlo, cuando, imitando el famoso libro de la *Consolación*, del Senador Boecio, escribió en forma semidramática, no exenta de pasión y de brío, aunque empedrada de sinónimos, la extraña alegoría que se conoce con los nombres de *solliloquia*, *synonyma* y *lamentum animae peccatricis*, obra que cuentan algunos entre las primeras muestras del teatro cristiano, aunque de fijo no se hizo para representarse ni tiene acción alguna.

¿Quién apurará todos los méritos científicos de San Isidoro? Aunque dejemos aparte sus tratados de menos cuenta, y con más razón los dudosos y apócrifos, ¿cómo echar en olvido la par-

te que la tradición le atribuye en el oficio gótico ó muzárabe, en nuestra primitiva colección canónica, en la antigua Biblia española, y hasta en las leyes del Fuero-Juzgo? Dificil es, quizá imposible, poner en claro la gloria que realmente le cabe en estos monumentos inmortales; pero el mismo hecho de esa tradición no interrumpida, ¿no basta á evidenciar por sí solo que en cabeza de San Isidoro puso la antigua España todas sus glorias, haciendo de él una especie de mito científico, expresión y símbolo de toda la vida intelectual de una raza, á la manera que la poesía crea sus mitos épicos, signo de inmortalidad y prenda de alianza y cohesión para la raza que los adopta, y que con su recuerdo se enorgullece?

Por siglos y siglos fué San Isidoro el grito de guerra de la ciencia española: nuestra particular liturgia, más que gótica, más que muzárabe, se llama *isidoriana*, aunque sus orígenes se remontan hasta los varones apostólicos. *Isidoriana* se llamó la letra de nuestros códices, hasta que los cluniacenses introdujeron la francesa. Con retozos del manto regio de San Isidoro se vistieron y arrearon todos los próceres de nuestra Iglesia. Los libros isidorianos fueron enseñanza asidua en los atrios episcopales y en los monasterios. San Braulio ordenó las *Etimologías*, Tajón imi-

tó las *Sentencias*, San Eugenio los versos, San Ildefonso el torrente y la copia de sinónimos, San Valerio las visiones alegóricas, San Julián todo. Á San Isidoro invocaron los sínodos toledanos. Por la fe y por la ciencia de San Isidoro, *beatus et lumen, noster Isidorus*, como decía Álvaro Cordobés, escribieron y murieron heroicamente los muzárabes andaluces. Arroyuelos derivados de aquella inexhausta fuente son la escuela del abad *Spera-in-Deo* y el Apologético del abad Sansón. Á San Isidoro falsifica en apoyo de su herética tesis el arzobispo Elipando, y con armas de la panoplia de San Isidoro, esgrimidas con dureza de brazo cántabro, trituran y deshacen sus errores nuestros grandes controversistas Heterio y San Beato de Liébana. Los historiadores de la reconquista calcan servilmente las formas del *Chronicón* isidoriano. Y, finalmente, aquella ciencia española, luz eminente de un siglo bárbaro, esparce sus rayos desde la cumbre del alto Pirineo sobre otro pueblo más inculto todavía; y la semilla isidoriana, cultivada por Alcuino, es árbol frondosísimo en la corte de Carlo-Magno, y provoca allí una especie de renacimiento literario, cuya gloria se ha querido atribuir exclusiva é injustamente á los monjes de las escuelas irlandesas. Y, sin embargo, españoles son la

mitad de los que le promueven: Félix de Urgel, el adopcionista, Claudio de Turín, el iconoclasta, y más que todos, y no manchados como los dos primeros con la sombra del error y de la herejía, el insigne poeta Teodulfo, autor del himno de las Palmas, *Gloria, laus et honos*, y el Obispo de Troyes, Prudencio Galindo, adversario valiente del panteísmo de Escoto Erigena. ¿Qué mucho, si extranjeros eran Rabano Mauro y Alcuino, que á cada paso extractan y saquean á San Isidoro; y extranjeros los compiladores del Decreto de Graciano, donde su autoridad se invoca continuamente á par de la de San Agustín y San Jerónimo; y extranjeros los glosadores, que se reparten como preciado botín el abundantísimo *gaxophilacio* de las *Etimologías*?

Tanto puede y tan hondo surco abre el trabajo del hombre, cuando auras del cielo le alientan, y cuando la santidad de las acciones realza la sabiduría de los discursos. En toda esa obra isidoriana tan varia, tan magnífica, tan espléndida, no hay un sólo germen perdido, y parece que fructifican más en España, cuanto más se van espesando las caliginosidades de la barbarie sobre el resto de Europa. Aún era el libro de las *Etimologías* texto casi único de nuestras escuelas, allá por los ásperos días del siglo x,

cuando florecían en Cataluña matemáticos como Lupito, Bonfilio y Joseph, y cuando venía á adquirir Gerberto (luego Silvestre II) en las aulas de Atón, obispo de Vich, y no en ninguna *madrisa* sarracena, aquella extraordinaria ciencia, que le elevó á la tiara y le dió misteriosa reputación de nigromante. ¡Tanto asombraban algunas leves centellas no más *del ardente spiro d' Isidoro*, que decía Dante!

¡Quiera Dios que ese *ardente spiro* continúe informando y vivificando nuestra cultura, y que aprendamos de San Isidoro á dirigir, como á último término, toda nuestra labor científica á la mayor gloria y exaltación del nombre de Cristo, á instaurarlo todo en ese nombre, á hermanar en estrecho y fecundísimo abrazo la ciencia sagrada y la profana, á no llamar ciencia á lo que no es más que deslumbramiento y trampantojo, y á no temer tampoco con pueril y apocado recelo ninguna verdad científica, ni estudio alguno que lo sea de veras, porque ¿cómo una verdad ha de ser contraria á otra verdad, ni una luz á otra luz? ¿Ni cómo ha de merecer nombre de ciencia la que se insurrecciona y levanta contra Dios, piélagos inexhaustos de luces y océano inagotable de verdades?

HE DICHO.

NOTICIAS
SOBRE LA VIDA Y ESCRITOS
DE
RODRIGO CARO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE HISTORIA
"ALFONSO REYES"
19do. 1625 MONTERREY, MEXICO